

1.- Creo en Dios

¿Qué es tener fe para mí?

¿Qué significa para mi vida tener fe? ¿En qué se reconoce o se traduce en el día a día de mi vida cotidiana que tengo fe?

Benedicto XVI: “¿La fe es verdaderamente fuerza transformadora de nuestra vida?, ¿o es sólo uno de los elementos que forman parte de mi existencia, sin ser el determinante que la involucra totalmente?”

Motivaciones del Año de la Fe: que la Iglesia renueve el **entusiasmo de creer** en Dios y reavive la **alegría** de caminar por el camino que nos ha indicado Jesucristo, y para que **testimonie** la fuerza transformadora de la fe.

“En esta perspectiva, el *Año de la fe* es una invitación a una auténtica y renovada conversión al Señor, único Salvador del mundo. Dios, en el misterio de su muerte y resurrección, ha revelado en plenitud el Amor que salva y llama a los hombres a la conversión de vida mediante la remisión de los pecados (cf. *Hch* 5, 31).

Habrá que intensificar la reflexión sobre la fe para ayudar a todos los creyentes en Cristo a que su adhesión al Evangelio sea más consciente y vigorosa, sobre todo en un momento de profundo cambio como el que la humanidad está viviendo. Tendremos la oportunidad de confesar la fe en el Señor Resucitado en nuestras catedrales e iglesias de todo el mundo; en nuestras casas y con nuestras familias, para que cada uno sienta con fuerza la exigencia de conocer y transmitir mejor a las generaciones futuras la fe de siempre. El *Año de la fe* será también una buena oportunidad para intensificar el testimonio de la caridad.”



Catequesis de Benedicto XVI para el Año de la Fe:

La fe es acoger el mensaje transformador de Cristo en nuestra vida, es acoger la revelación de Dios, que nos hace conocer quién es Él, cómo actúa, cuáles son sus proyectos para nosotros.

La fe es un confiado entregarse a un «Tú» que es Dios, quien me da una certeza distinta, pero no menos sólida que la que me llega del cálculo exacto o de la ciencia. La fe no es un simple asentimiento intelectual del hombre a las verdades particulares sobre Dios; es un acto con el que me confío libremente a un Dios que es Padre y me ama; es adhesión a un «Tú» que me dona esperanza y confianza.

Pero preguntémosnos: ¿de dónde obtiene el hombre esa apertura del corazón y de la mente para creer en el Dios que se ha hecho visible en Jesucristo muerto y resucitado, para acoger su salvación, de forma que Él y su Evangelio sean la guía y la luz de la existencia? Respuesta: nosotros podemos creer en Dios porque Él se acerca a nosotros y nos toca, porque el Espíritu Santo, don del Resucitado, nos hace capaces de acoger al Dios viviente. Así pues la fe es ante todo un don sobrenatural, un don de Dios.

La fe es don de Dios, pero es también acto profundamente libre y humano. El Catecismo de la Iglesia Católica lo dice con claridad: «Sólo es posible creer por la gracia y los auxilios interiores del Espíritu Santo. Pero no es menos cierto que creer es un acto auténticamente humano.

Creer es fiarse con toda libertad y con alegría del proyecto providencial de Dios sobre la historia, como hizo el patriarca Abrahán, como hizo María de Nazaret. Así pues la fe es un asentimiento con el que nuestra mente y nuestro corazón dicen su «sí» a Dios, confesando que Jesús es el Señor. Y este «sí» transforma la vida, le abre el camino hacia una plenitud de significado, la hace nueva, rica de alegría y de esperanza fiable.

La revelación mayor sobre Dios que Jesucristo ha llevado a cabo ha sido mostrarnos que Dios es Padre, Hijo y Espíritu Santo. Este es el misterio de la Santísima Trinidad. Jesucristo lo reveló al mostrarse como verdadero Hijo de Dios y al darnos a conocer al Espíritu Santo. Nosotros estamos llamados a vivir “dentro” de este misterio de amor que es la Trinidad.

La Trinidad es el misterio central de nuestra fe. Creemos que Dios es Padre, Hijo y Espíritu Santo. Son tres personas distintas y un solo Dios verdadero.

CREDO, DOMINE (Creo, Señor)

Caminamos llenos de esperanza,
pero a tientas en la noche.
Vienes tú en el Adviento de la historia,
eres tú el Hijo del Altísimo.

Creo, Señor, Creo

Con los santos que caminan con nosotros,
Señor, te pedimos:

Aumenta nuestra fe,

Creo, Señor, pero aumenta nuestra fe

Caminamos fatigados y perdidos,
sin el pan de cada día.
Tú nos nutres con la luz de Navidad,
eres tú la estrella de la aurora.

Creo, Señor, Creo

Con María, la primera creyente,
Señor, te rogamos:

Aumenta nuestra fe,

Creo, Señor, pero aumenta nuestra fe

Caminamos cansados y sufrientes,
aún abiertas las heridas.
Quien te busca en su desierto, tú lo curas,
eres tú la mano que nos sana.

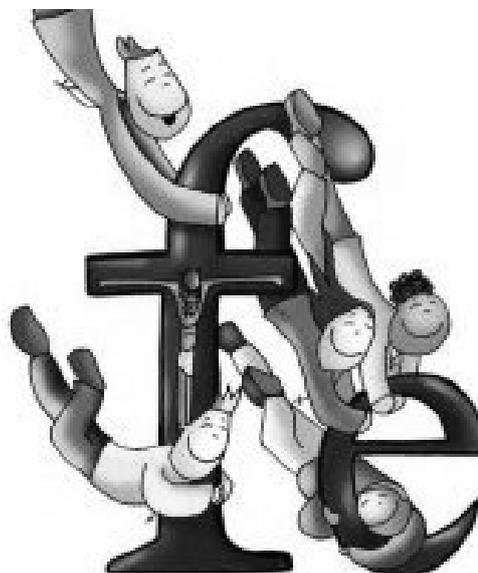
Creo, Señor, Creo

Con los pobres que nos llaman a la puerta,
Señor, te invocamos:

Aumenta nuestra fe,

Creo, Señor, pero aumenta nuestra fe

Caminamos bajo el peso de la cruz,
tras las huellas de tus pasos.



Resucitas la mañana de la Pascua,
eres tú el Viviente que no muere.

Creo, Señor, Creo

Con los fieles que quieren renacer
Señor, te suplicamos:

Aumenta nuestra fe,

Creo, Señor, pero aumenta nuestra fe

Caminamos esperando el fuego nuevo
que se enciende en Pentecostés.

Tú recreas la presencia de aquel soplo,
eres tú la Palabra del futuro.

Creo, Señor, Creo

Con la Iglesia que anuncia tu Evangelio,
Señor, te imploramos:

Aumenta nuestra fe,

Creo, Señor, pero aumenta nuestra fe

Caminamos cada día que nos donas,
con los hombres de este mundo.

Tú nos guías por las sendas de la tierra,
eres tú la meta que anhelamos.

Creo, Señor, Creo

Con el mundo donde el Reino está presente,
Señor, te clamamos:

Aumenta nuestra fe,

Creo, Señor, pero aumenta nuestra fe

